

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 22 DE ABRIL DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

N.º 925

CRÓNICA

Y sigue sin llover.

Hasta ahora, que se realizase ó no ese fenómeno de la Naturaleza, confieso ingenuamente que me había tenido completamente sin cuidado. Desconocedor, como lo era en práctica, de sus inmensos é inapreciables beneficios, para mí que lloviese ó dejase de llover era asunto de tan poca monta que jamás llegó á preocuparme, ni aún siquiera á conseguir que en ello pensara; más todavía, creo que la lluvia me ha molestado alguna vez. Bien dice el refrán: «ojos que no ven, corazón que no siente.»

Viviendo en las capitales, en centros de población populosas donde las exigencias de la vida hallan satisfacción mediante el dinero, dedicado á trabajos harto ajenos á los estudios ó prácticas de la agricultura, no piensa uno en las angustias y zozobras de los labradores; pero viéndolas aquí, tan de cerca, no es posible sustraerse á la dolorosa impresión.

Mientras para los habitantes de la ciudad un día espléndido, de sol brillante y caluroso, es grato beneficio; mientras los desocupados aprovechan la hermosa temperatura y el benéfico clima para salir á solazarse de paseo, la gente trabajadora del campo alza la vista al cielo y al ver lucir el sol radiante le parece que el astro se goza haciéndola desventurada, agostando con su calor los gérmenes de las futuras cosechas, secando las plantas, abrasando las flores, arrasándolo todo con su beso exuberante de vida. Porque el del sol es beso pasional, beso de fuego, beso de muerte.

Por eso necesita el lubricante rocío de la lluvia. No bastan los riegos, no es suficiente que la tierra se empape y esponje; tampoco basta que las raíces se humedezcan: la higiene de las plantas, como la de las personas, no se limita á darse baños de pies. Precisan aquellas el agua de la lluvia, el llanto de las nubes que como todo llanto es gran consolador, para su limpieza y nutrición que implican su desarrollo, su vida misma.

No llover á tiempo es perderse la cosecha; esto es, la carestía de mañana y por tanto el encarecimiento de las materias indispensables para la existencia. No llover á tiempo, es no solucionar en todo un año el pavoroso problema del hambre.

Y como el fenómeno está fuera de los alcances humanos, como ni el ingenio ni la ciencia de los hombres pueden resolver el problema abrumador, se recurre también á los últimos refugios, se busca la incógnita en el último parapeño y la última atalaya que son los de la Fe y la Esperanza.

Y Virgenes y Santos, reverenciados como milagrosos patronos, son traídos y llevados en devotas procesiones de rogativa para que impetren el favor divino de una lluvia á tiempo que las cosechas se salven.

Y á esas procesiones, todo lo que la estúpida ignorancia hace ridículas, la Esperanza y la Fe hacen conmovedoras.

Suele, á veces, llover en cuanto han sido hechas las rogativas; pero otras veces no llueve ni aún con esas devociones, y algunas, como hace bien pocas semanas sucedió en Murcia, llovió enseguida que el Ayuntamiento aprobó el acuerdo de traer la Virgen á la capital desde su Santuario.

Y esos casos anómalos van ya haciendo decir á muchos que es cierto aquello de que con la intención basta.

Y á otros, más descreídos ó más desesperados, lo de hágase el milagro y hágalo el diablo.

Lo positivo es que con la durable sequía la agricultura está sufriendo graves demoras, que si ahora sólo sienten los campesinos por la desesperante inutilidad de su trabajo, luego tocaremos todos porque redundan en perjuicio general.

¡Qué llueva, que llueva, aunque para ello sea menester que se produzcan un centenar más de zarzuelas del género chico!

JOAQUÍN HERRERA Z.

Caravaca 21 Abril 1903.

NOTA DEL DÍA

LA LLUVIA

Los agricultores están de júbilo. La benéfica lluvia que tanta falta hacía en los campos y sembrados, ha regado á tiempo las cosechas.

El hambre se posesionaba de España, asomó su descarnada faz en los campos andaluces; los fértiles terrenos manchegos se veían esautos, sin esperanzas sus agricultores de obtener cosechas; los fértiles campos de Murcia y Lorea estaban amenazados de esterilidad, por falta del benéfico riego.

En algunas regiones de Andalucía y Castilla, ha llovido; Murcia y gran parte de su provincia, también ha recibido el tan suplicado beneficio de la lluvia.

¡Es casualidad, es coincidencia, que haya llovido hoy en esta tierra, ó es que la Santísima Virgen, la Patrona de Murcia, se ha hecho eco de las súplicas de un pueblo?

Como ferviente católico, doy gracias á la Virgen de la Fuensanta por su intercesión en favor de nuestros campos.

Murcia pidió agua á su Patrona, y Ella, Madre cariñosa, nos ha concedido abundante lluvia.

C. GOMEZ.

JUEZ Y PARTE

Por un lío no flojo que en el infierno su esposa armó, el diablo de ira rojo se vino al mundo y á un juez buscó.

De falta de malicia con ese paso dió muestra fiel. ¡Buscar aquí justicia, no se le ocurre más que á Luzbell

Fundaba su querrela para el divorcio solicitar en que el carácter de ella era imposible de soportar.

Y así al Juez le decía, haciendo gala de candidez: «¡Haga justicia usía, aunque sea sólo por esta vez!

Y como indagatoria que en el asunto luz le daré, de mi mujer la historia voy á contarle de pé á pá.

Por perder la chabeta y ser muy blanda de corazón, se la llevó Papeta y con sus huesos dió en mi mansión.

Y al ver su porte airoso y de su rostro las gracias mil, empecé á hacerla el oso ¡Y nos casamos por lo civil!

Mas ¡ay! desde la hora que con mi mano la dí mi amor,

principió mi señora á darme penas al por mayor.

El infierno era una balsa de aceite—¡créame usté á mí— Y hoy no hay persona alguna que pueda á gusto vivir allí.

Ella arma un caramillo cuando en sus celos llega al furor, y me pone amarillo si á alguna diabla le hago el amor.

Aunque á mímos la abrumo me dice horrores donde me vé, y no quiere que fume ni que frecuente ningún café.

De su esposo primero dice unas cosas que dan horror. ¡Vaya un manso cordero que fué sin duda mi antecesor!

Cuando la historia cuenta de aquél pobre hombre me hace reír. ¡Hasta su vestimenta saca Inés Pérez á relucir!

Y el juez al oír tal nombre, dándole un grito, le interrumpió: —¿Cómo se llama ese hombre? ¡Dígame al punto! ¡Lo mando yo!

—«Blas Quito, más su grito no veo á qué viene», —«Pues lo va á ver: ¡Yo soy ese Blas Quito! ¡Y esa Inés Pérez es mi mujer!

Y que yo me descarte de su litigio no extrañará, pues siendo juez y parte nunca mi fallo valor tendrá».

Satán de muy mal modo se fué llorando su suerte vil, y el juez con toga y todo clamó, con pasmó del alguacil:

—«Maló es el fuego eterno, Mas ¡oh, Dios mío! si allí he de arder, ¡No me echéis al infierno, sin sacar antes á mi mujer!

CARLOS CANO.

Las elecciones

Circunscripción de Murcia

Hay quien espera sorpresas de aquí al domingo en los nombres de candidatos para las elecciones á diputados á cortes, por esta circunscripción; y hay quien todavía pregunta cuáles serán estos.

Nosotros entendemos que la cosa está bastante clara. Candidatos ministeriales: don Angel Guirao y el Conde de Heredia Spinola. De oposición liberal, don Miguel Gimenez Baeza. Y por los romeristas, con el apoyo de alguna otra minoría, don Ezequiel Díez y Sanz de Revenga.

Esto es lo que se viene diciendo desde hace algunos días, y como hasta ahora no conocemos nada que lo desmienta, lo tenemos por cierto.

Es más, los trabajos electorales que por los correligionarios y amigos de los cuatro candidatos mencionados se vienen haciendo, atestiguan lo que dejamos dicho.

Circunscripción de Cieza

También habrá lucha, y reñida, en la circunscripción de Cieza.

El Conde de los Campillos, candidato conservador, y el señor Chapaprieta, liberal, se disponen á disputarse el acta en reñida elección.

El primero cuenta con pocas simpatías en todo este distrito, pero hay quien le augura el triunfo debido quizá á su inmensa fortuna, acaso al apoyo oficial.

El señor Chapaprieta es un joven muy simpático que tiene don de gentes y que es muy amigo de los suyos, y en cuanto á favores repartidos á los pueblos cuya representación ha ostentado en el Congreso en la pasada legislatura, son numerosos. Razones por las cuales son los más los que esperan que el triunfo corone los trabajos del candidato liberal por el distrito de Cieza.

Mula y Yecla

En estas circunscripciones no habrá lucha.

El triunfo de D. Juan de La Cierva por Mula, y el del Barón del Solar por Yecla, son indiscutibles.

Los dos son candidatos conservadores que cuentan con el apoyo del Gobierno y que ni siquiera tendrán oposición.

Por Cartagena

Por esta circunscripción se espera que haya lucha y reñidísima.

Nadie espera, sin embargo, que salga derrotada la candidatura ministerial, y de las de oposición, atendiendo á las fuerzas de que dispone en Cartagena el candidato liberal, Sr. Conde de Romanones, que es quien menos arraigo parece tener, y teniendo presente la discordia reinante entre los elementos republicanos, divididos desde la muerte del señor Prefumo, hay quien supone que un sobrino de este, el señor Calderón Prefumo, sea el que resulte ahogado en las próximas elecciones.

Lo que sí parece casi seguro es que empeñarán la lucha reñida, el lugar dudoso se lo disputarán los señores Romanones y Calderón Prefumo.

El general Aznar ha presentado al partido liberal de Cartagena, al nuevo candidato Sr. Conde de Romanones; haciendo toda clase de elogios de tan distinguida personalidad, felicitán dose por la adquisición de tanta valía que ha hecho Cartagena con que por aquella circunscripción presente su candidatura el exministro de Instrucción pública.

En el mismo sentido que el Sr. Aznar se han expresado los Sres. Maestre y Pareles Lardín, caracterizados liberales cartageneros, con lo cual bien claro se demuestra que las fuerzas que apoyan á Romanones son de empuje.

Un cuento diario

LAS GENIZAS

Valentina de Ternuese no ha llegado aún á esa edad en que comienzan á apuntar las primeras canas, pues se halla en ese momento de la vida en que todavía se es jóven.

Si no ha querido ir al estreno de «La rueda de cristales», no se debe á los treinta y seis años de existencia que lleva en este mundo: se debe á que está harta de todo y no encuentra lenitivo á su soberano aburrimiento.

Ha dicho á su marido: «Eres un hombre insoportable»; y después de haber indicado á su doncella que se retirara, se ha echado en una butaca colocada junto á la chimenea.

Acaban de dar las nueve. ¿En qué piensa Valentina? ¿En su marido? No. ¿En su amante? No le tiene ni quiere tenerlo. Piensa en su pasado. Antes de llamarse Valentina de Ternuese se llamaba Valentina á secas. Ha sido actriz antes de ser condesa.

No se había distinguido nunca por su talento, y había rendido culto á esa honradez relativa que basta para la buena reputación de una mujer de teatro. Después se casó con Mr. Ternuese, el cual la adoraba con delirio.

¿En qué detalle especial de su pasado pensaba Valentina?

En un amor que tuvo en los primeros años de su juventud.

Tenemos todos en nuestra memoria un sitio de refugio, que nos acoge durante las horas de indiferencia y de fastidio.

No hay alma que no sea vestal inconsciente de una llama que no ha de extinguirse nunca.

Valentina ha amado hace diez, doce, quince años, acaso más.

Siendo casi una niña desempeñaba papeles sin importancia en un teatro de tercer orden.

Su amante, Aureliano, estaba empleado en una alcaaldía, donde ganaba cien francos mensuales y estuvo á punto de ser despedido porque escribía comedias en el Municipio.

Hoy es un hombre ilustré que ha tenido grandes éxitos en el teatro y ha logrado obtener una fortuna muy regular.

¡Cuán felices eran Valentina y Aureliano en aquellos tiempos de miseria!

Estaban tristes, descorazonados y enfermos; pero delictosamente satisfechos.

Los domingos, cuando tenían algún dinero, iban al Vesinet, donde comían en una modesta posada que existe todavía.

Valentina recuerda aquellos tiempos ya muy remotos y teme haber envejecido.

Pero no. Levántase de su butaca, se mira al espejo y se sonríe de satisfacción. Si Aureliano la viese la reconocería enseguida. Pero ¿á qué pensar en eso? ¡Hace tantos años que no se han visto!

Ella vive muy retirada y él está muy distraído con los triunfos literarios que de continuo obtiene.

Si Valentina frecuentase los bailes y los teatros podría encontrarle alguna vez.

—«La verdad es—piensa la condesa— que si me empeñara en verle no me costaría gran trabajo mi propósito. Estoy segura de que no falta á ningún estreno. Nada tan sencillo como hacerle seguir á la salida para averiguar dónde vive. Pero no quiero, porque respeto á mi marido, á quien debo todo género de atenciones. A pesar de todo, me gustaría verle, aunque fuese de lejos.

Valentina toca un timbre, y á los pocos instantes se presenta su doncella, trayendo en una bandeja el billete correspondiente á un palco para el estreno de «La rueda de cristales.»

—«Rosa, vísteme en seguida y di que engañehen. Voy al teatro.

Al cabo de un cuarto de hora hallábase Valentina en su coche, pensando en Aureliano y en la modesta posada del Vesinet.

II

Los dos amantes se encontraron al fin. La condesa hizo seguir á Aureliano á la conclusión del espectáculo, á fin de que llegaran á sus manos las siguientes líneas: «Si reconoces mi letra, vé el domingo á donde tú sabes.»

Aureliano la reconoció, en efecto, y recordó inmediatamente la posada del Vesinet.

Los dos antiguos amantes acudieron puntuales á la cita. ¡Con qué apetito comieron el pan de munición y el vinillo blanco de otro tiempos!

Se hicieron mil juramentos de amor y desearon ser pobres para reanudar su antigua y azarosa existencia.

Después estuvieron en el café de Montmartre, y por la noche asistieron al teatrillo donde empezó su carrera Valentina. ¡Qué hermosa era la vida! ¡Qué bien habían hecho en buscarse! ¡Desde entonces solo podría separarse la muerte!

Al día siguiente, mientras Valentina estaba esperando un carruaje de punto que había mandado á buscar para ir á ver á su amante, entró Rosa y la entregó una carta de Aureliano.

La condesa se estremeció de gozo al ver la letra de su amigo.

He aquí lo que decía la carta de Aureliano:

«No vengas esta tarde ni mañana, ni nunca. Si tienes piedad de mí y de ti refúgiate en el pasado. Eres hermosa y yo soy jóven; pero ya no nos amamos. Somos unos muertos que tratamos de parodiar una existencia anterior.

«Al bober yo en el Vesinet el vino de la posada, hice un gesto invisible de desagrado y al pasearnos después por el boulevard exterior tuviste frío y pensaste en las comodidades de tu casa.

«Terminemos de una vez esta farsa ridícula y no intentemos galvanizarnos. La poca ternura real que subsiste en nuestros corazones es como ese resto de savia vital que hace crecer la barba á los cadáveres.

«Para el hombre no hay más que un amor y una primavera que no renace jamás. Nuestra desventura actual tiene un electo retroactivo y hemos dado muerte al pasado. El caso es horrible, pero irremediable. A nuestra edad no se tienen ilusiones. El recuerdo es lo único que hace sus veces. La separación da á la antigua realidad el suficiente encanto para que se asemeje algo al ideal.

«Cuando somos jóvenes nos preceden las ilusiones; cuando llegamos á cierta edad nos siguen. Pues bien, nosotros hemos matado nuestras ilusiones, que eran nuestro único refugio contra las diarias amarguras de la existencia. Te confieso que he cometido contigo una traición al tratar de amarte todavía. Si no te hubiese amado en otro tiempo, tal vez te amaría hoy mucho más que antes. Pero te adoré tal como eras entonces y ya no eres la misma.

«Has engordado—lo cual te sienta muy bien—pero yo te quise cuando eras delgada. Te has ilustrado, y á mi me encantaban tus cartas llenas de faltas de ortografía. No podemos pedir al pasado los consuelos que antes nos prodigaba, pues se ha roto el encanto misterioso que

